

Sanchica por encargo de su madre, hizo los honores al huésped. Comió para él tocino en abundancia, le procuró un halda de huevos, le mostró la caballeriza para que dejase su cabalgadura... Pero, en verdad, ¿no se merecía todo eso y mucho más la carta de su padre, la de la duquesa, las cartas con extremos de oro, el vestido de paño finísimo que su padre enviaba para que le arreglasen a ella? ¿No era el alborozo de la mozueta digno de la invitación de la duquesa, de la posibilidad de ir en coche, de trocarse de hija de labriego en hija de gobernador? ¿No era, además, el paje apuesto y galante? El diálogo que ya tuvo lugar entre Teresa y Sancho se reproduce entre aquella y su hija, porque Sanchico quiere abandonar el pueblo y Teresa no. Es éste el momento en que ambas hacen gala de su erudición popular, de la vena caudalosa de los refranes populares. Pero, al fin, madre e hija quedan acordadas, convencidas, de que deben ascender de clase social. A la saya parda debe sustituir la basquiña con verdugado, el manto, el corpezuelo fino. Teresa y Sanchica han de aparejarse como señoras

Sin embargo, este desacierto no llega a efectuarse. No hay corte para Sanchica y nosotros damos a Cervantes las gracias de que así suceda. Porque la pensamos mejor en el pueblo, abierta la ventana a la ilusión, por la mañana atendiendo a la casa o lavando la ropa en el arroyo; por la tarde haciendo puntas de randas, encajes y cantando acaso entre tanto los mismos versos que Preciosa, su hermana del espíritu. Sanchica, aunque de menos edad, está vista por Cervantes con idéntico cariño que sus Constanzas de Toledo y de Murcia. Ahora que, por más púber, Sanchica alternaría los romances y los enamoramientos primerizos con los juegos propios de su edad. Por esta razón especialmente no es justo compararla con la "Gitanilla". Mas ¿no es preciosa una Sanchica crecida, desarrollada? ¿No es Sanchica una Preciosa en germen, una Preciosa que, aún sin paradero, derrama tanta alegría como ella dentro de un círculo mucho más reducido? Lo más sano de Sanchica es el optimismo. De ese optimismo saludable quisiéramos que se contagiaran todos los niños de la tierra. Más que Sanchicas que se parezcan a las niñas actuales, quisiéramos muchacas de hoy que se asemejasen a Sanchica, excepto en esa ceguera de las letras, su padecimiento terrible y hereditario. Sin embargo, tanto queremos a Sanchica que en premio a la dulzura con que recibe al rucio cuando don Quijote y su padre finalizan sus aventuras, la llevaríamos de buena gana a algún parque ciudadano de nuestros días para que montada en bicicleta acariciara vaporosamente la tarde.

Sanchica es una niña de la realidad y de la historia. Queriendo a Sanchica entrañablemente querréis a Cervantes, al pasado y a España. Querréis la soledad de la meseta que, aunque hosca, engendra siempre verticales alientos, intensos misticismos. Y querer a Sanchica es querer a la infancia que no muere, a la vida renovada, a la naturalidad y la pureza. Si Velázquez con su pincel nos ha legado una pálidas princesitas, unas meninas cortesanas, Cervantes con su pluma no retrató hijas de duques, sino hijas de labriegos. En Sanchica ha encontrado a todas las niñas de nuestros pueblos minúsculos, de esos pueblos que nutren a la patria de trabajo y de bienestar bajo su pobre apariencia. Entre los temas del pintor y del escritor no desdeñamos ninguno. Pero, ante un dilema inevitable, nos mostraríamos partidarios del aldeano y popular.